

ESTILO

No nos referimos a ningún estilo literario o artístico sino a esa manera peculiar de reaccionar o actuar de cada uno ante determinadas circunstancias. Decimos de alguien que tiene «estilo» cuando en una situación que el obrar o el decir resulta una inconveniencia o una grosería, sabe soslayar la violencia del momento de tal forma que todo parece normal y se desarrolla dentro de la mayor corrección. El «estilo» es una elegancia espiritual, independiente de la bondad o maldad. Entre él y la carencia del mismo, hay la enorme diferencia que existe entre quien al socorrer a un antiguo amigo necesitado, le hace notar más o menos disimuladamente su caridad, para que la agradezca, y quien procura evitar esta humillación dándole lo que precisa a título de préstamo, por ejemplo, aunque jamás piense cobrar. En realidad no es otra cosa que un exquisito tacto para no herir la dignidad ajena o para vestir con rico y agradable ropaje lo que desnudo trae la desestimación. Siendo ambos redomados pillos, va mucha diferencia de Crispín al Sr. Polichinela, en la conocida farsa benaventina. Y es que el primero tiene «estilo», sabe envolver sus ambiciones en un tinte ténue que disimula su crudeza, ora valiéndose de su personal simpatía, ora ganando ajenas voluntades con dádivas y liberalidades, mientras que el otro marcha derecho en busca de su objeto, apartando con brusquedad a quienes le estorban.

Esta particular manera de ser aquí definida, no la da ni la posición ni la inteligencia; influye, sin duda, la educación, pero, en definitiva, de donde procede, es de una innata delicadeza de espíritu que hace com-

Pasa a la quinta página

ESTILO

Viene de la segunda página

prender las debilidades y cualidades de los semejantes y a la que repugna toda violación que agravia y toda violencia que humilla al menos fuerte; que escoge una manera de actuar por la cual, como enseñaba Séneca, al menos se pueda decir de uno que es un hombre.

En el laberinto de recovecos y torcidos caminos que en la vida cruzamos, voluntaria o forzadamente, debe quedar a salvo, por lo menos, nuestro sentido humano del respeto que, a veces, es la tabla salvadora de todo naufragio espiritual.

Sería curiosa una historia del «estilo», entendido de esta forma, a través de los siglos. Sin duda en ella veríamos que los tiempos de decadencia coinciden con la falta del mismo. ¡Y tal vez el nuestro no quedara muy bien parado ante una crítica imparcial, si posible fuera!

M. Molina Rabasco